

uno de Octubre de mil ochocientos sesenta y uno, por el que las tres naciones se unían para exigir del gobierno de Juárez las reparaciones debidas, sobre la base de respetar la independencia del pueblo mejicano. De las tres potencias, Inglaterra fué la única en suscribir este convenio de buena fe, quizá por primera vez en su vida. España se adelantó apoderándose en Diciembre de Veracruz; en Enero de mil ochocientos sesenta y dos, desembarcaron en el litoral mejicano los contingentes francés é inglés. A los pocos días, el general Prim, que mandaba las tropas españolas, viendo que no había ninguna probabilidad de restaurar la autoridad castellana en Méjico, rehusó, de acuerdo con el representante del gobierno británico, aceptar las condiciones que Francia pretendía dictar á Juárez, y el diez y nueve de Febrero concluyó con éste la convención de la Soledad, garantizando al gobierno mejicano su independencia, á condición de arreglar en breve sus diferencias con las tres potencias aliadas. Entonces Napoleón III, quitándose la careta, no solamente desautorizó el convenio, sino que permitió al general Almonte irse á Veracruz, para sostener paladinamente la candidatura del archiduque Maximiliano al trono de Méjico. En vista de esto, los representantes de España y de Inglaterra rompieron con los de Francia y se reembarcaron con sus tropas el nueve de Abril, convencidos de que la conquista de Méjico habría de ser tan difícil á Napoleón III como lo había sido á Napoleón I la de España. El jefe de las tropas francesas, Lorencez, no bien se hubo quedado solo, dejó á Almonte instituir, bajo la protección de sus soldados, un gobierno insurreccional, y luego marchó contra Puebla, plaza fuerte, donde fué duramente rechazado. Esta lección, en vez de abrir los ojos á Napoleón III, interesó su amor propio é hizo que se arrojase ciego en la funesta empresa, ordenando, en Julio de mil ochocientos sesenta y dos, el embarque de un nuevo cuerpo de ejército, al mando del general Forey, con rumbo á Méjico, donde el efectivo de las tropas francesas no tardó en elevarse á cuarenta mil hombres.

Después de haber lanzado á Napoleón III á la loca aventura de Méjico, la Emperatriz y el partido de la Iglesia lograron apartarle de la alianza con Víctor Manuel, aduciendo como argumentos que la mayoría gubernamental en el Cuerpo legislativo podía ser descompuesta por la oposición clerical, y que, próximas las elecciones generales de mil ochocientos sesenta y tres, era menester no comprometer el éxito capitulando una vez más ante la revolución italiana. Napoleón III dió media vuelta en redondo, llamando al ministerio de Negocios Extranjeros al conservador Drouyn de Lhuys y retirando su protección al gabinete de Turín. Los clericales no dejaron de agradecerse, mas no quedaron tranquilos, en parte, porque casi todos sus jefes eran proteccionistas ardientes en materia económica, y acerca de este particular, no se había dado satisfacción ninguna á los intereses lesionados ó amenazados por el tratado de comercio de mil ochocientos sesenta. De nada sirvieron las elocuentes protestas que se formularon. La voluntad personal del Em-

perador seguía siendo única ley, y la industria francesa empezaba á gemir al peso de semejante dictadura. En cuanto á la omnipotencia hacendista del soberano, todas las personas ilustradas y previsoras comprendían hacía algún tiempo que conducía á la bancarrota. La obligación impuesta al Cuerpo legislativo de votar el presupuesto por ministerios, la facultad del gobierno de efectuar transferencias de crédito y, sobre todo, el derecho del Emperador de decretar trabajos de utilidad pública y abrir créditos extraordinarios por simples decretos, producían sus naturales y amargos frutos. En diez años, de mil ochocientos cincuenta y dos á mil ochocientos sesenta y dos, el presupuesto de gastos había subido de mil quinientos millones á cerca de dos mil millones, y en la misma proporción habían crecido los impuestos. Para saldar el descubierto, que había ido elevándose hasta tres mil millones, se contrajeron grandes empréstitos, á cargo del porvenir. El déficit anual era de unos cien millones. A fines de mil ochocientos sesenta y uno, la deuda flotante importaba casi mil millones, y forzosamente había que recurrir á nuevo empréstito. Con este motivo, reinaba en el comercio sordo descontento, de que se hizo intérprete el ministro de Estado, el hacendista Fould, revelando al Emperador toda la gravedad de la situación en informe confidencial, que aquél aprobó públicamente, declarando, además, en célebre carta de catorce de Noviembre de mil ochocientos sesenta y uno, renunciar á la facultad de abrir créditos á espaldas de las Cámaras y á la práctica de votarse el presupuesto por ministerios. Hizo más Napoleón III: trasladó á Fould del ministerio de Estado al de Hacienda y decretó, el primero de Diciembre, que por ningún ministro se le presentase en adelante á la firma medida de que resultase aumento de gastos sin llevar al pie el informe del ministro de Hacienda. Desgraciadamente, al ser estas disposiciones elevadas á senado-consulta el treinta y uno de Diciembre, se les añadieron reservas que las hicieron ilusorias. De nada sirvió que se votase el presupuesto por secciones y no por ministerios, porque se dió á las secciones la conveniente extensión para que no embarazase á la administración la inspección parlamentaria; no se suprimió el derecho de efectuar transferencias de capítulo á capítulo y hasta de sección á sección, así se hubiese de acudir á suplementos de crédito, y se conservó al Emperador el privilegio de decretar trabajos públicos en grande escala. La reforma fué una añagaza.

La Cámara, elegida en mil ochocientos cincuenta y siete, había terminado sus seis años de vida, y á medida que se acercaban las elecciones se reanimaba la opinión republicana. Garnier-Pagés, individuo que había sido del gobierno provisional, con su celo y actividad infatigables, recorrió en los primeros meses de mil ochocientos sesenta y tres casi toda Francia, predicando de pueblo en pueblo á los republicanos la concordia, la esperanza y la acción. El más leído de los periódicos, *El Siglo*, entró también en campaña, publicando el diez y seis de Marzo una especie de manifiesto en que excitaba á electores y candidatos á unirse para sacar triunfante «la causa democrática y liberal». El gobierno

apeló á la intimidación. El ministro de lo Interior, Persigny, amenazó á los periódicos que «designaban á los candidatos de oposición con el título de candidatos independientes», y en circular de ocho de Mayo, después de celebrar en términos enfáticos «al elegido del pueblo, que, fuerte con su origen providencial, había realizado todas las esperanzas de Francia», concluía manteniendo enérgicamente las candidaturas oficiales. Los prefectos, cuya influencia había aumentado notablemente con la especie de descentralización administrativa que se había efectuado en los últimos años, desplegaron una actividad febril. Todo el organismo administrativo, que descendía del prefecto á los guardias rurales y á los gendarmes, pasando por los jueces de paz, alcaldes y comisarios de policía, y que tenía por aliados al procurador imperial y muy á menudo al clero, este vasto cuerpo de mil cabezas y de mil brazos, se puso en movimiento de uno á otro confín de Francia. No se perdonó medio de asustar á los que no se podía conquistar, reduciéndolos, cuando menos, á callarse.

Ante un poder tan fuertemente armado, bien era menester que se pusiesen de acuerdo todos los adversarios del régimen imperial. Y así lo hicieron. Los jefes de la oposición ultramontana, privados del beneficio de la candidatura oficial, se exhibían como amigos de la libertad y reivindicaban el sistema parlamentario; los proteccionistas puros, tan devotos antes de la dictadura imperial, juzgábanla ahora muy censurable, y muchos de ellos marchaban casi de acuerdo con los antiguos jefes del partido católico-liberal; éstos, á su vez, hacían causa común con los directores del orleanismo y de la legitimidad, los cuales, cansados de una abstención inútil, se determinaron á entrar en la política militante y prestar juramento para ingresar en el palacio de Borbón. Thiers, más valiente y más ambicioso que nunca, reaparecía en la contienda electoral, y menos atento á restaurar la monarquía que á preparar su propio advenimiento al poder, muy ganoso de complacer á la mayoría católica, alarmado, por otra parte, con la rápida formación de la unidad italiana, preludio de la unidad alemana, y enemigo acérrimo de la política libre-cambista de Napoleón III, inscribía á la cabeza de su programa la conservación del poder temporal del Papa y la vuelta al régimen protector. En cuanto á los demócratas, que aprobaban la revolución italiana y los tratados de comercio, como su objeto primordial era destruir el imperio ó forzarle á aceptar sus condiciones, no vacilaron en unirse á los antiguos partidos contra el enemigo común. De esta suerte se formó la «Unión liberal», con todos los descontentos que había hecho el imperio. La lucha fué empeñada. «¡La libertad es el voto de todos, el grito de las conciencias! ¡Nuestra causa es santa; el Dios de la justicia está con nosotros! ¡Adelante!. La inacción es el suicidio; la acción, la libertad»: decía el comité democrático de los electores en proclama de veinte de Mayo. «Francia no llegó á ser próspera y gloriosa hasta el día en que Thiers y los suyos dejaron de intervenir en la gestión pública. El sufragio universal no desautorizará al gobierno, que ha sacado al

país del abismo en que aquéllos le habían dejado caer»: escribía el ministro de lo Interior en virulenta carta de veintiuno de Mayo contra la candidatura de Thiers.

El resultado de las elecciones, celebradas los días treinta y uno de Mayo y primero de Junio, fué satisfactorio para la oposición. No dejó de obtener el imperio una gran mayoría, pero mayoría menos dócil, menos fiel, menos segura que la de los primeros años, y frente á ella se levantaba, en vez de los Cinco, un grupo compacto y resuelto de treinta y cinco representantes, diez y siete de ellos republicanos, casi todos populares y de talento, como Thiers, Berryer, Sanjuinai, Julio Favre, Julio Simón, Eugenio Pelletan, Marie, Glais-Bizoni, Gueroult y Havin. Todo el mundo sabía, además, que este número habría sido mucho mayor si el gobierno, alterando hábilmente las circunscripciones, no hubiese neutralizado el voto de las ciudades, que le eran hostiles, con el de los campos, que le seguían fieles. Era para llamar la atención que París, donde en mil ochocientos cincuenta y siete habían triunfado cinco candidatos oficiales, de diez, no eligiese ahora ni uno solo, y que el número de sufragios dados en todo el imperio á los candidatos de oposición ascendiese á la respetable cifra de dos millones, y esto, con estar la prensa amordazada, el derecho de reunión suprimido y ejercer el gobierno una autoridad discrecional. Pero Napoleón no vió, ó aparentó no ver, estos alarmantes síntomas, y se limitó á destituir al ministro de lo Interior, Persigny, cuyo celo exagerado había hecho más daño que provecho; confiar el ministerio de Instrucción pública al anticlerical Duruy, al intento de agrandar á los demócratas y exasperar á los ultramontanos, y suprimir los ministros sin cartera, encomendando el cargo de defender al gobierno en las Cámaras al ministro de Estado. Con esta última medida, no pensó el Emperador, ni remotamente, en establecer la responsabilidad ministerial, como algunos cándidos se imaginaron; su intención fué simplemente crear un primer ministro que diese dirección más uniforme, más firme, á las relaciones del gobierno con las Cámaras, pero sin que dejase de ser su órgano, su portavoz, conforme á la letra y al espíritu de la Constitución de mil ochocientos cincuenta y dos. Al nuevo ministro de Estado, Billault, que ejerció aquel cargo hasta su muerte, en Octubre de mil ochocientos sesenta y tres, sucedió Rouher, antiguo cómplice del golpe de Estado, que desempeñó á maravilla su papel de abogado irresponsable del Emperador.

El cinco de Noviembre de mil ochocientos sesenta y tres, se inauguraron las sesiones de las Cámaras. En el palacio de Borbón, la oposición emprendió vigorosa campaña contra el cesarismo y su política. Los oradores de la izquierda democrática hablaban más fuerte que antes, para que les oyese la gran mayoría de la población de las ciudades, que les era afecta, no porque esperasen convencer á sus adversarios del Cuerpo legislativo. Esta tarea correspondía á los partidos monárquicos, cuya elocuencia comenzó en efecto á hacer mella en las filas imperialistas. Cuando el brillante orador del partido

legitimista, Berryer, mostraba la Hacienda nacional comprometida; cuando el incisivo orleanista Thiers exponía la llamada teoría de las «libertades necesarias,—individual, de la prensa, de las elecciones, de la representación nacional y la que da á la opinión pública la dirección del gobierno»;—cuando uno y otro presentaban al ejército desorganizado, disminuídos fuera el prestigio y la autoridad de Francia, los representantes del país, sordos hasta entonces, no solamente escuchaban, sino que, sin confesarlo, no estaban lejos de aprobar y aun de aplaudir. Pero si los oradores de la oposición hacían mella en la mayoría, no la hacían menos en la oposición las gestiones del presidente de la Cámara, Morny. En esta legislatura fué cuando se separó definitivamente de sus antiguos amigos Ollivier, con ocasión de haberse encargado de la ponencia de un proyecto de ley, que declaraba la libertad de las coaliciones y de las huelgas, hasta entonces severamente castigadas, pero sin reconocer la libertad de las asociaciones obreras. Contestando á Simón y á Favre, que combatieron la ley por falaz é inconsecuente, reclamando la libertad de asociación, Ollivier atacó á la izquierda, siendo particularmente vivas las réplicas que mediaron entre el ponente y Julio Favre, asociados con gloria, durante tantos años, en la defensa de la misma causa. Al salir de la sesión, Julio Favre, que no veía sin pena romperse aquella larga fraternidad de armas, tendió la mano á Ollivier: éste dió algunos pasos sin tomarla, vaciló, luego se volvió para ofrecer la suya. Julio Favre le dijo: «Es ya tarde».

Viéndose abandonado de todo el mundo en lo exterior, al ser sofocada la insurrección de Polonia, Napoleón concluyó con Italia el convenio de quince de Septiembre de mil ochocientos sesenta y cuatro, comprometiéndose á retirar sus tropas de Roma en el plazo de dos años, á cambio de la promesa de Víctor Manuel de no atacar, ni dejar á otros invadir, las posesiones de la Santa Sede. Indignado Pío IX, entre otras razones por no habersele consultado, puso en práctica la máxima ojo por ojo y diente por diente, publicando el *Quanta Cura* y el *Syllabus*, que agravaron las dificultades políticas con que luchaba el Emperador de los franceses y causaron á éste honda amargura. Movido á su vez por la pasión, Napoleón III incurrió en la ridiculez de prohibir, en nombre de la ley, la propagación del *Syllabus* cuando ya toda Francia lo había leído, siendo lo peor del caso que su orden no fué obedecida. Varios obispos lo hicieron leer en el púlpito, y todos reprodujeron su sustancia en pastorales y lo comentaron con respeto. Luego, en represalias, confirió al príncipe Napoleón la vice-presidencia del Consejo privado, autorizó la manifestación pacífica con motivo de los funerales de Proudhon, alentó á Rouland á combatir en el Senado las doctrinas de la Encíclica con toda la rudeza de un magistrado galicano del antiguo régimen, y autorizó á Duruy á publicar en el *Moniteur* un informe memorable, que concluía decretando la gratuidad y la obligación de la enseñanza primaria. Pero era achaque de Napoleón III mudar de parecer á cada hora. El informe de Duruy, apenas impreso, fué des-

aprobado; el príncipe Napoleón, por haber afirmado en notable discurso que el imperio nunca volvería la espalda á la revolución, fué amonestado públicamente y presentó la dimisión; el mismo Emperador, viendo el convenio de Septiembre combatido por todo el mundo, lo mismo eclesiásticos que seculares, llegó á dudar de si no habría cometido, al firmarlo, una grave imprudencia.

No fué enteramente extraño Napoleón III á la fundación, por este tiempo, de la «Asociación internacional de trabajadores», permitiendo á los obreros de París elegir delegados que los representasen en la asamblea convocada en Londres con motivo de la Exposición universal de mil ochocientos sesenta y dos. La insurrección polaca contribuyó á estrechar los vínculos entre los obreros del Continente y los de la Gran Bretaña, tomando cada día más cuerpo la idea que, en manifiesto de Noviembre de mil ochocientos cuarenta y siete, vertieran ya los socialistas alemanes Carlos Marx y Federico Engels: «Trabajadores de todos los países, uníos». Por iniciativa de la Comisión francesa, el veintiocho de Septiembre de mil ochocientos sesenta y cuatro, se reunieron en Londres delegados obreros de la mayor parte de las naciones europeas, para redactar los estatutos de una «Asociación internacional de trabajadores», siendo aprobados los que presentó Carlos Marx. Al principio figuraron en la Internacional personas de notable inteligencia y de intenciones irreprochables, que después se condujeron como ciudadanos excelentes en las crisis porque ha pasado Francia; pero la idea en sí era peligrosa. Toda agrupación de hombres de diversas naciones, para una acción social, política ó religiosa, está expuesta á perder de vista la patria y transformarse en secta. No escapó á este peligro la Internacional, que no tardó en cambiarse en antinacional, y hubo en Europa una secta de anarquía cosmopolita, como había una secta de teocracia cosmopolita, inmolando una y otra la patria á sus utopías.

En el acto de abrir la legislatura de mil ochocientos sesenta y cinco (quince de Febrero), Napoleón cerró la puerta á las esperanzas de reforma con estas palabras: «Mantengamos con firmeza las bases de la constitución; opongámonos á las tendencias exageradas de los que provocan cambios con el único fin de destruir lo que hemos fundado. La utopía es al bien lo que la ilusión á la verdad; y no consiste el progreso en la realización de una teoría más ó menos ingeniosa, sino en la aplicación de los resultados de la experiencia, consagrados por el tiempo y aceptados por la opinión pública». Ya no dirigió las discusiones del Cuerpo legislativo Morny, que, consunto por una vida de placeres, murió el cuatro de Marzo, en grave daño del imperio, sustituyéndole en aquel cargo el conde de Walewski. El principal debate versó, en el Senado, sobre el *Syllabus*, contra el que arremetió Rouland; en el Cuerpo legislativo, sobre el convenio franco-italiano, que Thiers cometió la imprudencia de combatir, juntamente con la unidad italiana. El hecho más importante de esta legislatura fué la formación del tercer partido, acaudillado por Emilio Olli-